

(Ruinas de la Iglesia de Aouceray, en Francia.)

## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

POR DON MODESTO LAFUENTE.

Difícilmente podría emprenderse trabajo mas importante, mas útil, ni mas espinoso al mismo tiempo, que el de escribir una historia nacional capaz de satisfacer las condiciones que en la época actual deben exigirse de una producción histórica. Quien hubiese intentado llevar á cabo obra tan grande, contaría con nuestra simpatía y apoyo, aun cuando no hubiera sido tan afortunado en su trabajo como el autor de la *Historia* cuyo título figura á la cabeza de estas líneas. Dos tomos van publicados de ella; el primero casi ocupado exclusivamente por un excelente discurso preliminar, base y cimiento de la obra, ha sido lisongeramente acogido por toda la prensa de alguna importancia literaria. El segundo, que acaba de repartirse abarca la serie de los sucesos de ocho siglos y media, desde Bertorio hasta la destrucción del reino gotho, en una narración clara, metódica y amena, llena de consideraciones filosóficas, profundas, lógicas y convincentes, que revelan la disposición especial del autor para este género de escritos, tan opuesto al que hasta ahora ha cultivado habitualmente el Sr. Lafuente, infundiendo la confianza de que sabrá llevar la laguna que en el actual movimiento histórico-filosófico de Europa, se achaba de ver en la literatura española. En prueba de la justicia de nuestros elogios, trasladamos á continuación uno de los capítulos del tomo segundo, que como el primero se halla impreso con suma corrección, esmero y elegancia en el establecimiento del Sr. Meliádo.

### EL CRISTIANISMO.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolución social, la mayor que han presenciado los siglos, y la ma-

yor tambien que se verá hasta la consumacion de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una transformación física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religion, en su gobierno, en su legislación, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existían ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar despues debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupción, de inmoralidad, de desenfreno habian llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolución y los vicios tenían ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavia algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Ciceron dejó de oírse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavia algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cohefanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que eucubrieran con sus laureles la tiranía y la relajación. Aunque de buena fé quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazón de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organización social.

Así desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad

dad, corrí después y se precipita desbordada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada, que era lo único que le había faltado. Desde entonces no se ve sino una depravación profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la simulación, la crapula y la sensualidad erigidas en sistema. Emperadores salvajes disputaban de un pueblo corrompido; y soldados ferozmente salvajes disputaban tan desenfrenados como ellos. Plebeyos y soldados nombraban, aplaudían, divinizaron al que esperaba les hiciera más distribuciones de trigo ó de dinero con que aliviar el hambre, y que les diese más espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquel y aclamaban á otro. Así el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calpurnia, de Nerón, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogabalo, porque habían sido los más peñados para él. «El pueblo, dice el orientalista no escritor español (1), el pueblo siempre mendigo y siempre seguro, decía al tirano: tengo yo dinero, y tú confiesa: tengo yo trigo, y tú mata: tengo yo espectáculos, y tú harás cuanto te agrade: con que entre el pueblo y el mal príncipe había una lácita conveniencia, mediante la cual el despota daba el trigo y el pueblo los aplausos..... Cuando los tiranos salían de sus palacios, y oían las saluciones y agradecimientos del pueblo, imaginábase que todo el imperio se hallaba en el más floreciente estado, y tenían las interesadas y compradas aclamaciones de la canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad.—¿Hacíanse, dice en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al pueblo, y mas que todos los ricos se matasen. ¿Subía un emperador á la escena, ó descendía al palenque con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador comediente, caricista ó cocharo. ¿Volvió el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, ó después de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho padre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Moría una cortesana, una viuda proselitada, esposa del emperador y mujer de todos los hombres? Pan y dinero y aceite al pueblo, y la casta consorte del látamo nupcial se echaba á llorar, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estatuas se adornaban de flores.»

Así los príncipes apresuraban la corrupción del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupción de los príncipes.

¿Pero era solo el pueblo ignorante y estúpido el que se ayudaba á sus tiranos? ¿No hacían lo mismo los hombres de letras, los sabios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él diciéndole: *A vos á quien los dioses y los hombres de conciencia han dado el gobierno del mundo. á vos de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra, y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, Cesar, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*—El mismo Séneca, el preceptor de Nerón, el que mejor escribía de moral y de virtud, pero que á favor de sus tiranos había amontonado en cuatro años trescientos millones de sestercios (2); el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca ¿no le decía á Nerón que *podía vanagloriarse de un mérito que ningún otro emperador tenía, la inocencia; y que hacía olvidar los tiempos de Augusto (3)?*

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna se vió la humanidad agoviada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenía tanto desorden? ¿Qué causas habían producido aquel refinamiento de disolución y de maldad? La religión y el culto, la organización política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuía á fomentar la corrupción intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndose después. Había dioses para todas las virtudes, pero había también dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban mas fácil asemejárselos en estos que imitarlos en aquellos. «*Se Júpiter transformando en lince de oro, dice Terencio en uno de sus comedias (4), seduce las mayores, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer como tanta?*» Y como si el politeísmo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para publicar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que les ayudaran á proteger y santificar los vicios. Si en el templo de

la Venus de Babilonia se prostituían públicamente las mujeres, si en el de Cirinto se consagraban mas de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma había de haber vestales? Nadie quería ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asaban con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiado realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigían que estos escogieran para morir las posturas mas lábricas. Así se formaron aquellas Messalinas, aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebran.

No era solo el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solo los altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenían adoradores. A ningún vicio le faltaba su divinidad, incluso el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. «*Hermosa Lucerna, decía Horacio (1), enseñame el arte de enjugar, y concédeme parecer justo y sano.*» Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban á olvidados ó desiertos: los votos y las ofrendas se colgaban en el de Júpiter *Produtor*, para que les fuese propicio en sus lástimas. No extrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeísmo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego otra cosa que oponer al desautorizado paganismo que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecía la corrupción, no la fomentaba menos la organización política del estado. El imperio romano era un gigante que tenía abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se había extendido tan lejos la opresión de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoísmo tan universal, relajación tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitáremos recordar la execrable depravación de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestraban á las fieras en el arte de devorar hombres que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullían esclavos, ó prisioneros, ó mujeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampreas echadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprendente mas es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa magestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionaje, á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podían deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtian abundantemente de víctimas, y á troque de ganar un premio inaportables poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por sí mismos cuantos necesitaban les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, qué pensamientos nobles podía haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habitada al trabajo, despojada de toda garantía social, y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tanto que adular y servir? Porque, ¿qué era el imperio romano? Una agregación de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millones escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media donde suelen residir la ilustración y la virtud. No había mas que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un hanquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (2), y cuyos crímenes se contaban por millares (3). Plinio menciona un ciudadano, que después de lamentarse de las

(1) Epist. XVI, L. II.

(2) Lucio Vero, el colapa de Marco Aurelio, gastó en una noche con solo diez esclavos las mercedes suma de sesenta millones de sestercios, más memorable aquella vez en los festos de la gastronomía Ital. Epist. in Vero, esp. V.

(3) *Familiarum Numerum ad variis locis lib. II.* Plinio dice que era necesario un manecador para conseguir á ilustres; y Tácito, que había quince mil quinientos mil. *Epist. L. VI.*

(4) *Malgorra y Amata, Discurso sobre el ocaso de los romanos.*

(2) *Facit. anc. lib. XIII.*

(3) *Sed. De Consuetudine.*

(4) *Fac. ad. III.*

pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil setecientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil caberzas de ganado, y sesenta millones de sesterces sin contar las tierras (1). Patricios había que poseían más vasallos que súbditos algunos monarcas.

(Continuará.)

## LA MENDICIDAD EN LONDRES.

### II.

#### La mendicidad por cartas.

Los mendigos por cartas tienen una fisonomía aparte y distinta de los mendigos de las demás clases. ¿Quién podría apreciar con exactitud el número á que ascienden en vista del misterio en que está envuelto su oficio? Una noticia bastante curiosa hallada entre los papeles de lord Holland que murió en 1840, dá sin embargo algunos datos sobre este punto. Hace observar en ella que recibía anualmente unas 350 cartas de esta clase, fechadas todas en Londres. Lord Holland, era un hombre generoso, un verdadero bienhechor de la humanidad. Londres le conocía en este concepto: es muy probable que los mendigos epistolares le conocieran igualmente por tal, y por consiguiente se dirigían con preferencia á él, y dando por supuesto que un mismo individuo le hubiera escrito dos ó tres veces en el transcurso de un año, puede ascender todavía el número de los mendigos de esta clase á 400. Que varios individuos, agobiados por los golpes de la adversidad recurran á este expediente, que una pluma hábil y suaviada, trazando el cuadro de una miseria espantosa, comuere más profundamente el corazón que lo que podría hacerlo la farsa más ingeniosa, no es dudoso; pero es también positivo que la mendicidad por escrito es desde hace mucho tiempo una profesión que se ejerce metódicamente, y mantiene al que la practica. La noticia citada dá á conocer igualmente en cierto modo la proporción que existe entre los que se circunscriben á los límites de la verdad, y los que recurren á la ficción. Lord Holland, á consecuencia de las numerosas pildoras de que había sido víctima, consideraba como un deber suyo el tomar informes sobre el individuo que solicitaba sus beneficios, antes de acceder á su pretension, y descubrió, no sabe definir si con placer ó sentimiento, que de cada diez cartas de esta clase, nueve eran inventadas por pillastres. La tercera cuestión hubiera sido el averiguar cuánto puede reunir anualmente un individuo que se dedica á esta especie de ratería. Aquel mismo José Noel de que he hablado en la primera parte de este artículo, pensaba que podía evaluarse esta ganancia en 400 libras esterlinas, y lo que á continuación explicaremos justificará este aserto. Es de esperar que en estas limosnas sean iguales por lo menos la parte de la limosna y la de la mentira, lo cual dá por resultado en cada 400 mendigos epistolares una renta anual de 40,000 libras esterlinas, ó, lo que es lo mismo, de 1 000,000 de francos.

Los pelardistas que, según su propia expresión, se dedican á la *caza mayor*, ciñéndose á la nobleza y á los particulares más ricos, pueden lanzar solo algunas cartas en un círculo razonablemente estrecho, y contentarse con tanta más razón, cuanto que el resultado es abundante y lucrativo. Los hechos han probado que con cinco de estas cartas recoge rara vez un individuo menos de dos libras esterlinas, y consigue frecuentemente hasta diez. El que se contenta con asestar sus certeros tiros á la *caza común*, que comprende entre otras clases los eclesiásticos, las mujeres caritativas, y los particulares ociosos que disfrutan una fortuna regular, recibe rara vez de cada carta más de dos libras ni menos de diez chelines; y generalmente una sola contestación por cada diez cartas. Esto requiere doble actividad, y como esta se ejerce continuamente, resulta que se hallaron recientemente en casa de uno de estos mendigos 16 cartas corrientes, que confesó haber escrito aquel mismo día y que tenía intención de haberlas remitido todas á sus direcciones respectivas en el mismo plazo. Considerado todo esto escrupulosamente, resulta que deben circular diariamente en Londres millares de cartas limosneras.

No es extraño que en este laboratorio inmenso se haya hallado escritores de mendicidad (ignoro si existen aun en la actualidad, pero los ha habido hasta una época muy reciente), que tenían secretarios, esclavos y carniages. Guillermo el Tuerto, llamado así porque había perdido un ojo no se sabe dónde y llevaba una venda negra, fué un individuo de este especie. Murió hace 10 años de un modo sumamente elegante: cayó del caballo en el centro mismo de Hyde-Parc y se desazucó. Su ganancia anual variaba desde 800 á

800 libras esterlinas, y preciso es que fuera un administrador muy diestro, puesto que pagaba 80 libras á un secretario, y 40 libras á sus escribientes; pero tenía caballo y cabriolé, y una querida que en Londres no es un artículo insignificante. Esta última, después de la muerte de Guillermo, se casó con su secretario José Unterwood, y llevó en dote, como heredera del difunto, los preciosos archivos de éste, que consistían en una porción de modelos de pretestos como embargos, papeletas del monte de piedad, etc., una extensa lista de personas *credulas* con las señas de sus habitaciones, un diario autógrafa, y una colección de notas escritas del puño y letra de Guillermo, cosas todas cuyo valor supo apreciar perfectamente Unterwood.

Este, convertido así en sucesor legítimo de su principal, era hijo de un alderman de Londres; había recibido una buena educación y parecía destinado á ocupar una posición más honrosa, cuando la muerte le privó de su padre, y su mala conducta le quitó la esperanza de obtener un empleo en la Cité. Entró entonces al servicio de Guillermo, y desplegó tan extraordinaria habilidad, que cuando comprendió el oficio por cuenta propia se colocó á la cabeza de sus colegas y se creó una renta anual de 1000 libras esterlinas. Sus invenciones, ó más bien sus pildoras, eran inagotables; no era suficiente para él el copiar cada carta; sabía escribir todos los motivos, identificarse con todas las características, y expresarse según el espíritu y las costumbres de cada una de las personas á quienes se dirigía. Después de haber estado detenido varias veces, pero sin embargo sin haber sufrido ninguna condena, murió en 1845 durante su último arresto en la cárcel de Cold-Feldfield.

Las dificultades y las persecuciones, asuntos judiciales que atormentaban á Unterwood en la práctica de sus funciones tramposas, y que al mismo tiempo le comprometían, le sugirieron la idea de que la formación de una sociedad era un medio eficaz de disminuir unas y aumentar á las otras. Constituyó pues una sociedad de la que fué jefe supremo con una remuneración magnífica. No se disolvió la compañía por su muerte. Pedro Hall, que era ya sub-director, ascendió á ser su jefe, y aunque la pena haya cortado el hilo de su vida al cabo del corto espacio de dos años, no por eso dejó de ejecutar cosas realmente extraordinarias. Hábil sobre todo en el arte de disbarzarse, de variar su voz y su parte, llevaba él mismo las cartas más importantes, y le sucedió con frecuencia conversar con la misma persona con un intervalo de muy pocas horas, sin que le conociera. Está probado que se presentó una mañana en casa del conde de Darwaly como un pobre eclesiástico escocés destituido de sus funciones, y por la tarde del mismo día como un retentista novateciente de una enfermedad larga y penosa. El eclesiástico obtuvo cuatro guineas y el pintor obtuvo dos. Cada vez estuvo hablando bastante tiempo con el conde: el mismo portero le abrió la puerta á la entrada y á la salida: el mismo lacayo le anunció ambas veces, y sin embargo, ni el amo ni los criados le conocieron. Halláronse en su herencia, cosa muy fácil de comprender, patillas y bigotes de todas clases, una colección de pelucas, y un guarda-ropa que hubiera podido rivalizar con los almacenes de ropa hechas confeccionadas en Holy-Wel-Street.

Los mendigos por cartas de primera clase ejercen su oficio con la más perfecta regularidad, y llevan sus libros de cuenta y razón tan escrupulosamente como el comerciante más roncianado. Tienen un borrador para registrar provisionalmente las notas, un libro copiador de cartas, un libro de caja, etc. En el mes de agosto de 1844 publicó el *Times* fragmentos del diario de un bribón de esta clase llamado Juan Douglas, condenado por sus fechorías á varios meses de encierro en una casa de corrección. Sus anotaciones son muy breves y no contienen más que la sustancia del asunto: 1.º La fecha. 2.º Las señas de la persona. 3.º El nombre (suplantado). 4.º La cantidad que alegaba. 5.º El resultado. Citamos por vía de ejemplo los extractos siguientes: «8 de febrero. Alcañante Corón, del navío Palas, el gaviro Samuel Bowden;—embargo por un alquiler de 4 libras y 4 chelines, inutilizado á consecuencia de una herida;—resultado dos libras.»—«12 de marzo. Condeas de Mansfield; Elis Turner, viuda; nueve niños, con los terma, escarlatina, cólera;—resultado 5 libras esterlinas.»

Los textos de estas cartas son los que, llenos de pormenores edificantes basados en la probabilidad y adornados con amplias adulaciones, motivan las liberalidades; por eso la destreza del escritor *portifossoro* reside en su invención de pretestos y en la de frases sentimentales y leudatorias. Que las notas ó papeles de que se ha hablado más arriba sean indispensables para que la memoria no engañe, y que no se incurra en repeticiones u otras equivocaciones que, inspirando sospechas, no solo harían fracasar los proyectos del autor, sino que comprometerían también su libertad, se comprende fácilmente; pero lo que sorprende más es el cómo consiguen conocer estas gentes las circunstancias más privadas concernientes á las personas á

(1) Cítalo por Canto, Hist. Etrusca, Epoca VI, cap. 5.

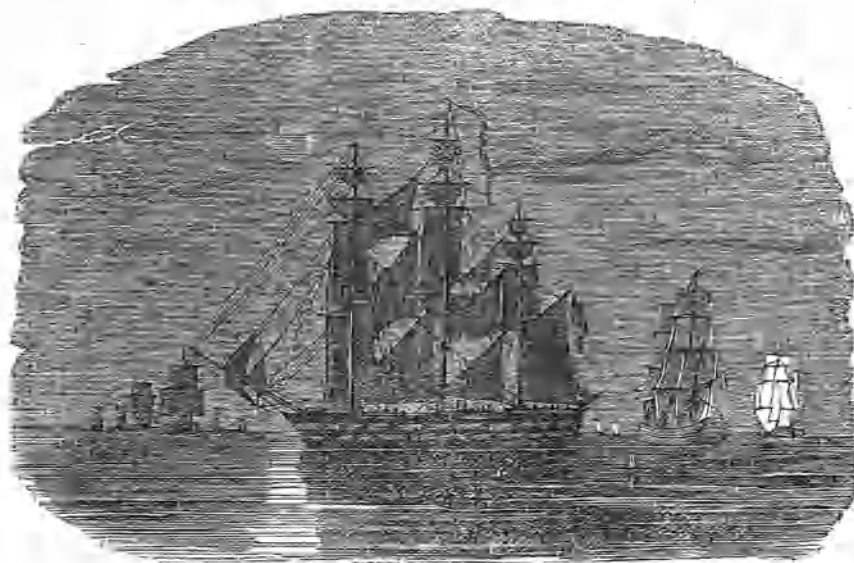
quienes se dirigen, y que saben empleadas ó modificadas de tal suerte que el que recibe las cartas no halla pretexto para resentirse, sino que por el contrario, se siente inclinado á la generosidad. Problemas de astucia son estos, cuya solución duplica desgraciadamente el abuso del talento. Estos bribones llevan algunas veces su audacia á tal extremo (un hecho de esta clase fué el que le ocasionó á Unterwood su último arresto), que imitan la letra y la rúbrica, escriben cartas enteras con una semejanza engañadora, bajo el nombre de personas de quienes han conseguido procurarse algun escrito autógrafa, y se las dirigen á otras que conocen su letra. En una ocasión muy reciente todavía, un general célebre envió un billete de banco de 20 libras á un teniente que había militado á sus órdenes y que lo había espuesto en una carta, la posición crítica en que se hallaba. El tribunal de policía rogó al general que le transmitiera esta carta; así lo hizo, aunque haciendo observar con bastante brequería que no había trampa en esto, porque conocía la letra del teniente Prattan tan bien como la suya. Sin embargo, la letra del teniente había sido imitada con la mayor perfección por un falsificador, y á este había ido á parar el billete de banco.

Ya sea que se quiera evitar el que descubran la trampa, ó que deseen no promover duda alguna sobre la identidad del autor con el que toma su nombre, la letra es en la práctica de este oficio una cosa de tan colossal importancia que cada uno se esfuerza por apropiarse una porción de letras diferentes. Parece que Unterwood escribía diez letras distintas con la mayor habilidad. El mínimum de ellas que debe poseer un mentigo es el de cuatro: una habitual para los casos ordinarios, otra para las personas ilustradas, de edad avanzada, perseguidas por la desgracia, otra para las muchachas jóvenes, y otra para las mujeres casadas. Cuanto más elevada es la clase de la persona en cuyo nombre va escrita la carta, más importante es proceder con cuidado en lo concerniente á la redacción de la carta y de la contestación. Una carta suscrita por un supuesto oficial, ó por su viuda, promueve mas indagaciones que cuando aparenta ser de un artesano ó de su hija. Solo cuando tienen el autor motivos poderosos para creerse seguro de sí mismo, es cuando lleva en propia mano la carta, y espera la contestación; lo mas frecuente es mandarla por el correo y dar sus señas en una hostería, un café, ó un sitio

cuquiera de reunión. Pero antes de presentarse en el sitio indicado, espía mucho tiempo y con cuidado si está en acecho algun agente de policía ó de la *Sociedad de Mendicidad* para arrestarle, y toma sus disposiciones con arreglo á las circunstancias del momento.

Cuando vá dirigida la carta á una persona distinguida, y que ésta es bastante bondadosa para unir alguna esquela consolatoria á su envío de dinero, el petardista sabe sacar muy buen partido de esto. Majda inmediatamente este testimonio de compasión á algun amigo ó conocido benéfico del autor de la esquela, suplica que se la restituyan, porque aquella esquela es *sagrada para él*, y la hace circular así de mano en mano. Rara vez sucede que este manejo deje de producir resultados lucrativos. La esquela es auténtica y hace creer, según las apariencias, que el autor de ella está convencido de la realidad del hecho que compadecé. Un iluso hace ciento. El escritor de estas cartas de mendicidad practica todavía otra astucia: en lugar de pedir auxilios para sí mismo, los solicita para su prójimo; refiere una historia sencilla, se atribuye un nombre honroso, y para demostrar su buena voluntad se suscribe el primero por una cantidad razonable á la cabeza de una lista de suscripción que se abre á favor del *desgraciado*, y cuyo importe está destinado á aliviarle de sus penas y trabajos, á mejorar por lo menos su situación.

Citaremos aun, en el número de las trampas practicadas por estos mendigos, *embargos judiciales* de que hemos hablado ya, y las papeletas de empeño del Monte de Piedad. Son pruebas de miseria, y si el petardista lo cree necesario, sabe fabricar perfectamente un certificado del rector de su parroquia ó de algun médico del barrio. Sobre todo, cuando aparecen en escena las *papeletas de empeño*, es en el caso de ocurrir un incendio en algun Monte de Piedad. En las circunstancias normales se trata de socorros destinados á desempeñar los efectos mencionados en la papeleta del Monte de Piedad; pero en caso de incendio de éste y de los efectos empeñados, se trata de una miseria espantosa, como consecuencia de la destrucción completa de los últimos recursos. Parece que Guillermo el Tuerto fué el primero que explotó así los incendios de esta clase, y que consideró siempre como un acontecimiento feliz la destrucción de un Monte de Piedad.



## EL OCEANO Y SUS MARAVILLAS.

### Descripcion general.

Si nos es erudo contemplar las estenas rievolas y variadas que ofrece una campiña feraz y pintoresca, más interesante nos parece aun el aspecto de la naturaleza cuando se presenta á nuestra vista cubierta con esa pintura sencilla y flotante que llamamos oceáno. ¡Qué carrera tan magnífica nos presenta, abierta á nuestras investigaciones y admiración! ¡Qué manantial inagotable de conocimientos útiles! ¡Qué prueba tan sublime de la munificencia del criador!

El Oceáno cubre mas de la mitad de la superficie del globo terrestre. Sorprende al pronto esta extensión. Quizás la previsión humana se hubiera contentado con rosantales y aguas corrientes, ó con ríos alimentados por los vapores que se detienen en las elevadas

cumbres de las montañas; pero la proviencencia divina ha querido que las nevas, además de los manantiales y rios que las producen propiamente para nuestro uso, formasen un vastísimo estanque que se estiendo de continente á continente, de un polo al otro. Este elemento líquido rodea bajo el peso del hombre, y en los mares, lejos de aliviar la sed, la volta por su amargor y sus cualidades salinosas. Algunas veces invade sus costas el Oceáno, destruyendo y llevándose los trabajos que la audacia del hombre ha osado hacer en sus orillas; después arroja á la playa sus despojos, como para insultar á la debilidad humana. Sin embargo, los desastres que produce solo son casuales, al paso que sus beneficios son constantes y generosos.

El Oceáno es una extensión muy dilatada de agua que cubre la superficie del globo del Norte al Sur, y del Este al Oeste, de modo que no hueque, avanzando siempre y evitando los obstáculos que encuentra, vuelve al punto de que habia salido. El sinnúmero de islas y continentes que hay en el Oceáno no interrumpen su continuidad. Los mares son ciertas porciones del Oceáno que toman sus denominaciones generales de los diferentes países que bañan. Las subdi-

visiones de estos mares forman los golfos, las bahías y los estrechos que están figurados en nuestros mapas.

Se ha calculado que la superficie de las aguas esparcidas en el globo es de unos nueve millones y medio de leguas cuadradas. En cuanto á su volumen, difícil es evaluarle ni aun aproximadamente, porque en muchos parages, la sonda no llega al fondo; pero suponiendo que el término medio de la profundidad del Océano sea de media milla inglesa, será el volumen de la masa de las aguas de 2,560,000 leguas cúbicas.

Entre nuestros lectores habrá sin duda algunos que hayan estado en las orillas del mar, y que por esta sencilla razon se crean ya con derecho para decir que *han visto el mar*. Mas cierto sería decir que han visto una parte de él infinitamente pequeña. Supongamos en una llanura un lago de forma irregular y de una media legua de diámetro; algunas hormigas se pasean por la arena de la orilla; allí se adelantan por una lengua de tierra en la que el agua baña sus pies; ¿es creíble que en esta situación puedan descubrir una gran parte del lago? Y sin embargo, proporcionalmente, su vista abarcará mas espacio que la nuestra cuando contemplamos el Océano, aunque sea de un punto muy elevado, porque el lago puede ser considerado con una superficie recta, al paso que la del Océano es curva ó esférica como la de la tierra, circunstancia que limita naturalmente el horizonte del observador.

La idea del mar en su estension imponente confunde la inteligencia, como la idea de lo infinito. Lejos de las costas y en un tiempo sereno ofrece un espectáculo monótono, pero en sus momentos de furor, asocian los marinos el sentimiento de su poder al del peligro y quizás en ninguna otra circunstancia siente el hombre un recogimiento tan solemne y religioso.

Estamos generalmente inclinados á juzgar las cosas mas bien por lo que parecen que por lo que al estudio podría enseñarnos fácilmente. Esta es la razon de que algunas personas, á quienes no les falta ni inteligencia ni sagacidad, se hayan formado una idea errónea del tamaño de la tierra. No hay nada mas útil sin embargo, que el aplicar su inteligencia á la contemplacion de las escenas naturales para llegar á comprenderlas tales cuales son realmente. Estos esfuerzos sucesivos, sostenidos por el interés siempre creciente de la verdad, ali-

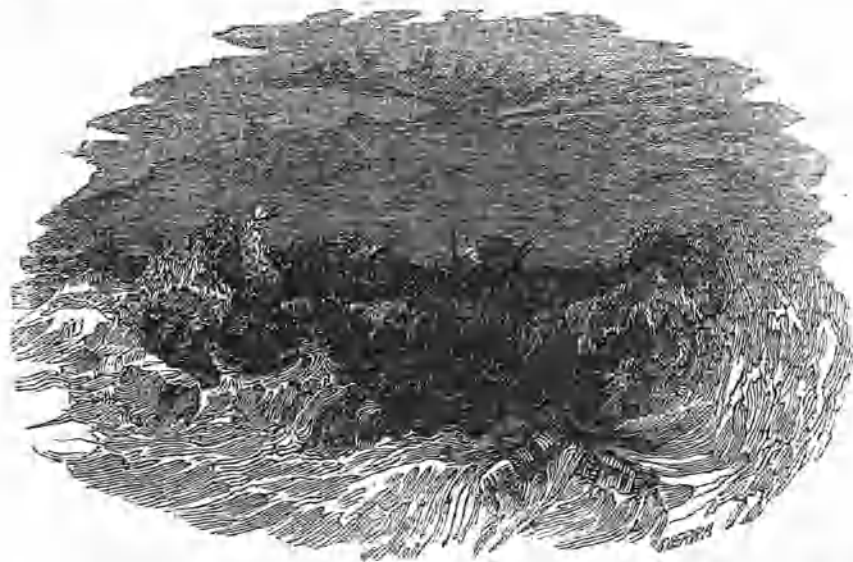
mentan y desarrollan las facultades intelectuales y las hacen superiores á las frustratas despreciables en que pasan tantas personas su existencia entera.

Hemos dicho arriba que las aguas del mar son saladas, lo cual las hace diferenciarse de las aguas de manantiales y ríos que generalmente no tienen sabor alguno. Esta propiedad ha sido atribuida á diferentes causas; algunos físicos suponen que hay en el fondo del Océano capas espesas y aun montañas de sal; otros creen que los ríos que hace tantos siglos arrastran al fondo del mar los despojos de animales y vegetales, que contienen todos cierta cantidad de sal, son los agentes verdaderos de este fenómeno. En esta hipótesis, los cuerpos se descomponen por la accion disolvente de las aguas; la evaporacion no les quita mas que las partículas que constituyen el agua potable, para devolverlas á la tierra en forma de lluvias ó de corrientes. Que óvren estas causas aisladas ó unidas es lo que la ciencia no ha podido resolver aun; pero deduciremos una observacion, y es que la naturaleza es un laboratorio estenso donde se combina todo hasta lo infinito, segun las reglas constantes que perpetúan en sus propiedades y en su conjunto las obras del criador.

Si las causas de los fenómenos se sustraen á las investigaciones del hombre, su objeto, es decir, su utilidad, basta para hacernos admirar la sabiduría de la providencia. La sal contenida en el agua del mar libra á ésta de esas alteraciones nocivas á que se halla espuesta el agua potable; evita ademas la congelacion de esos estanques inmensos, excepto en las latitudes próximas á los polos.

Por eso casi todas las partes del Océano están abiertas á la navegacion y al comercio. Sin embargo, como el agua del mar no es potable, y que no solo es nauseabunda sino perjudicial tomada en cierta cantidad, los marinos, y aun los que han nacido sobre el mar, tienen que proveerse de agua dulce.

La escasez de agua no es menos temible que la falta de los demas alimentos; para obtenerla se recurre á varios medios. Se estenden llenos con cubos debajo para recoger el agua llovizna ó la del rocío. Otras veces se eucan el agua del mar para utilizar el vapor que exhala (1). Solo cuando el tormento de la sed es ya intolerable, beben los marinos el agua del mar, porque saben que ocasiona una muerte inmediata en este caso.



El aspecto general del mar varia segun el estado atmosférico y las horas del dia, pero conserva siempre un carácter grandioso, ya sea que el sol saliente adorne con una tieta plateada el nivel del horizonte, ó que, próximo á ocultarse, sus rayos interrumpidos por las olas parezcan encenderse en ellas como las llamas de un gran incendio; pero no hay nada que iguale á la belleza de este espectáculo en las noches polares, cuando alguna aurora boreal hace brillar la superficie de las aguas con una luz blanquilla y trasparente. El color del mar suele ser un verde bajo en ciertas ocasiones, y un azul hermoso en otras; pero el menor soplo de viento, la reflexion del cielo, la presencia de una nube, ó de los animales ó vegetales que contiene en su seno, la naturaleza misma del fondo, la dan accidental-

mente tintas variadas, y que sería imposible indicar con precisión.

Algunas veces se pone la mar luminosa, y por la noche es cuando se manifiesta particularmente este fenómeno. Se la ve brillar en algunos parages en toda la estension que abarca la vista; suele suceder que solo esté luminosa el chocar con los costados del buque, ó al ser batida por los remos. En algunos mares es mas frecuente este espectáculo que en otros; háy mares en que se manifiesta cuando reinan ciertos vientos; háy otros, finalmente, en los cuales se percibe en muy pequeña escala.

El capitán Bonycastle, al subir el golfo de san Lorenzo, presencié este fenómeno, pero con circunstancias sumamente notables. Era el 7 de setiembre de 1826. A las dos de la mañana, el piloto segundo bajó muy alarmado á despertar al capitán. El cielo estaba estrellado, pero de improviso apareció enloquecido en cierta direccion, y salió del mar una luz sùbita y brillante, parecida á una aurora boreal. Era tan viva aquella luz que iluminaba todos los objetos, hasta los topes-masteleros. El contramaestre, despues de haber dado la alarma, aseguró la barra del timon, rizó el velamen, y puso toda la tri-

(1) Últimamente se ha hecho un descubrimiento importante y hasta conocido para que hagamos de él una descripcion detallada. Consiste en un aparato destilador para separar el agua dulce, procedente de las lluvias y de los ríos, que está mezclada con el agua salada del mar. En la actualidad está todos los buques que hacen viajes largos, son provistos de una de estas máquinas, utilizadas por cuando viajan la falta de agua dulce.

pelacion pronta para manobrar. La mar estaba luminosa desde una á otra orilla, y las aguas, que hasta entonces habian estado tranquilas, empezaron á agitarse. Los marineros de la tripulacion afirman que no habian visto nunca semejante cosa. Con la claridad se distinguian muchos peñes grandes cuyos movimientos parecian indicar el aturdimiento del susto. Amaneció y salió el sol; su disco estaba todo de color de fuego. El capitán hizo sacar un cubo de aquella agua; ofrecia el aspecto de una masa luminosa en cuanto se la agitaba con la mano, se echó una parte de ella en una vasija descubierta, y conservó durante algunos dias, aunque en menor grado, aquella cualidad fosfórica.

Se ha tratado de explicar la causa de este fenómeno que se atribuye, ya sea á masas inmensas de animalillos pequeños cuyo cuerpo tiene la misma propiedad que el del gusano de luz, ya á la irradiacion de alguna materia fosfórica, tal como la que emana de la Sarga y de algunos otros pescados cuando se les observa por la noche. En todo caso, la irradiacon que aumenta por el movimiento que se imprime al agua, revela suficientemente la presencia de un fluido fosfórico. Los marineros tienen la creencia de que cuando la mar se pone luminosa, es indicio de la proximidad de una tempestad.

Por muy interesantes que sean las escenas que ofrece la superficie del mar, es muy probable que lo que pasa en las profundidades de sus abismos excitaria la curiosidad en mayor grado, si esos arcanos no fueran impenetrables á las investigaciones del hombre. Sin embargo, con el auxilio de un aparato ingenioso, se consigue sustraer al mar algunos de sus secretos y hasta una parte de las riquezas que oculta á que ha sepultado en su seno. Esta máquina, muy conocida, se llama campana de buzo. Su utilidad se comprenderá fácilmente haciendo el siguiente experimento. Colóquese un pedazo de corcho en la superficie del agua contenida en un barreño grande; mézase en él agua un vaso boca abajo, en cuya cavidad esté el corcho, que por su ligereza se mantendrá flotante; váyase sepultando con precaucion el vaso en el agua, y se verá que el nivel del agua bajará sucesivamente debajo del tubo, y se elevará alrededor y por encima de sus paredes exteriores; en esta operacion, el corcho bajará al mismo tiempo que el líquido que le sostiene, y á pesar de la inmersión completa del vaso, la parte superior del corcho permanecerá seca. El mismo resultado se obtendrá sumergiendo el aparato á la profundidad que se quiera. El aire rechazado ligeramente hacia el fondo del tubo impide al agua que suba, de modo que una mosca podria permanecer á pié enjuto encima del corcho; sin embargo, comprimido el aire de este modo, deja de ser propio para la respiracion, y en esta posicion, cualquier animal que no volviera pronto al aire atmosférico, moriría asfixiado en poco tiempo. Una cáscara de hueso, puesta á flote en el barreño, sobre su quilla, daria una prueba mas sensible todavía de la resistencia del aire; el vaso que la cubriera podria ser sumergido en el agua á la profundidad que se quisiera, sin que entrara ni una gota de agua en esta embarcacion pequeña.

Se han construido campanas de buzo bastante espaciosas para contener cinco personas; el nombre de esta clase de aparatos indica la forma que tienen generalmente; sin embargo se ha tratado de hacerlos cuadrados como un tablero. El doctor Colhodon bajó en 1821 en un aparato cuadrado, formado de una sola pieza de bronce. La parte superior ó techó tenia varias ventanillas redondas formadas de cristales muy espesos y que cerraban herméticamente. Un tubo permitia comunicacion el interior del aparato con la superficie del agua; una bomba neumática obligaba al aire exterior á que bajara por el tubo para renovar el del interior de la máquina. Dejemos hablar al mismo doctor.

« Bajamos tan lentamente que no notamos el movimiento de la campana hasta que estuvo sumergida en el agua; entonces sentimos alrededor de los oídos y en la frente una especie de presion; mi compañero sufría de tal modo con este malestar, que nos vimos obligados á detenernos un rato. Por fin seguimos bajando; vi la palidez de mi compañero; particularmente sus labios estaban sumamente descoloridos, como si estuviera próximo á desmayarse. En cuanto á mí, sufría alrededor de la cabeza una presion fuerte, muy semejante á la que podria producir una corona de hierro, pero no tenía ninguna otra incomodidad. Sin embargo, mi voz dejaba de ser sonora, y aunque hablaba bastante alto, apenas podia yo distinguir el sonido de mis propias palabras.

La presion que cita el doctor puede explicarse del modo siguiente. Sin la porcion de aire que se opone como un obstáculo al agua, esta hubiera llenado naturalmente toda la cavidad del tubo; el esfuerzo que hacia el líquido para ponerse al nivel reducia el aire interior á un espacio menor que el que ocupaba antes, y este aire comprimido así ejercia una presion análoga sobre las personas colocadas en el interior de la campana; de aquí proviene el malestar que padecian. El compañero del doctor se halló puesto en los oídos dos bo-

litas de papel; penetraron tan profundamente por la seccion del aire, que le costó mucho trabajo á un cirujano el extraerlas. Del mismo modo se puede explicar la razon de que la voz fuera inaudible tan insonora. En primer lugar el aire que penetraba por la abertura de la boca, estorbaba los sonidos en el momento de imitarlos; despues la porcion de aire que producía estos sonidos debilitados tenia que recorrer un espacio mas vasto; en fin el organo del oído el tímpano fuertemente dilatado por una presion constante, debia perder naturalmente una gran parte de su elasticidad y de sus propiedades de repercusion.

El doctor Halley que bajó en una campana de buzo á hacer experiencias científicas, penetró á una profundidad de 80 fathoms próximamente. Con un sol hermoso y una mar tranquila, podía leer y escribir y distinguir los objetos que queria coger en el fondo. Pero cuando el agua estaba turbia, tenia que encender una vela, circunstancia que á pesar de lo extraordinario que parezca, no lo es mas que la de entregarse á observaciones científicas á 500 pies bajo el nivel del Océano. La mar que vista desde arriba, presenta un color verdoso parece tenerle rojo oscuro cuando se la mira desde abajo; y refleja un resplandor rojizo sobre los objetos. La razon de esto es que de los colores primitivos de que se compone la luz, solo el rojo penetra hasta aquella profundidad. Es probable que más abajo todavía, cese este efecto, y reine una oscuridad completa. Los buzos afirman que cuando los vientos amontonan las olas en la superficie del Océano las aguas del fondo permanecen tranquilas. El frío parece tambien mas intenso á medida que se va bajando hasta el estremo de ser insufrible en cierta profundidad. No es esto porque la temperatura positiva sea allí mas rigurosa que la de los inviernos de las regiones templadas, sino que la presion del aire hace que sea mas sensible su efecto.

Las campanas de buzo no han sido usadas generalmente mas que para sacar del agua algunos de los objetos perdidos en las naufragios, ó para explorar el fondo de los rios, operacion indispensable cuando se trata de construir ciertas obras, como puentes, maldones, etc. En el Támesis se hizo uso de una campana de buzo para reconocer la abertura por donde habia entrado el agua en el tunnel.

Debemos señalar un hecho notable que parece contradecir las leyes generales del peso. Los cuerpos pesados, empleados como sondas, bajan con rapidéz al descender del nivel del mar; pero al cabo de cierto tiempo, parece que cesa su movimiento de descenso mucho tiempo antes de haber llegado al fondo. La causa que se supone haya para esto es la presion del agua que á cierta profundidad y en razon á la pesadez del cuerpo, obra de modo que le sostiene en equilibrio, pero esta explicacion no se resiste á un examen detenido. Efectivamente, si la presion del agua bastara para suspender cuerpos pesados en medio del abismo seria preciso deducir de aquí que no podrian existir en el fondo del mar, en los sitios á que no ha podido llegar la sonda, mas que masas enormes; todos los demás cuerpos, como corales, guijarros, arena, etc., deberian obedecer necesariamente á la misma ley que los suspenderia en el seno del mar. Se nos dirá que por qué deja de bajar la sonda aunque no haya llegado al fondo. Esto es porque la sonda está formada de dos partes de una naturaleza muy distinta; de una masa de metal, que suele ser plomo, y de una cuerda que se mantendria flotante en la superficie, á no ser por el peso que la arrastra. Así es que la cuerda opone una resistencia al plomo, y siendo mayor esta resistencia á medida que se ha dejado correr mas cuerda, debe llegar necesariamente un momento en que neutraliza el efecto de la pesadez y mantiene al cuerpo en equilibrio. Nuestros lectores podrán hacer esta experiencia atando un alfiler de un tamaño regular á un hilo delgado y haciéndole bajar al fondo de una vasija de cristal de bastante profundidad.

Sea la causa cual fuere, el obstáculo no es menos cierto. Hay ciertos limites que nunca podrá el hombre traspasar, y así como no podria elevarse en un globo mas allá de cierta altura por falta de aire respirable, así tambien tiene que detenerse, ya sea que quiera sondar los abismos del Océano, ó que trate de profundizar las entrañas de la tierra.

La configuracion del lecho del Océano se parece á la de un continente; se encuentran en él montes, valles, colinas, hancos de roca, precipicios, cavernas y grutas. Una gran porcion de esas islas sembradas en el mar, no son mas que las crestas de las montañas que salen del agua. Los parages inaccesibles á la sonda son, sin duda, valles ó hendiduras ó hauras profundamente encasajadas, mientras que los escollos ó bajios que hay cerca de las costas solo son proximidades de esas eminencias que llamamos riuadas.

En las regiones polares, la mar se presenta bajo un aspecto que difiere enteramente del que ofrece en otras latitudes. Flota allí el hielo bajo la forma de islas ó montañas. Algunas de estas masas superan en estension á una porcion de las islas figuradas en nuestros

mapas; los hay que se elevan á mas de 4,000 pies sobre el nivel del mar; y que tienen varias leguas de estension. Generalmente, están inmediatas ó nadas, forman como una cadena en un espacio de varios grados. Los marinos toman mucho mas los hielos á flor de agua que los que sobresalen del mar; posible le es á un buque evitar el choque de estos últimos, porque se ven desde lejos, pero puede ser sorprendido en medio de aquellos, y estar detenido el tiempo suficiente para que la tripulación perezca de hambre, á hacerse mil pedazos entre aquellas masas flotantes.

Una montaña de hielo suele tener un color verde muy claro; otras veces toma un color gris ó negrozco. Este hielo tiene mezcla de tierra, piedras y arboustos arrancados de la orilla. Se hallan con frecuencia en las escabrosidades de aquellos, témpanos inmensos de hielo nidos de pájaros con sus huevos, á pesar de hallarse á una distancia considerable de la tierra.

## LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Muerte próxima amenazaba á los esposos del Valle del Paraíso. Froya á escondidas de su hermana quería acabar en aquel mismo dia con Recesvinto: Teodosinda se propuso envenenar á Floriana, así que su hermana saliese de la ciudad.

Al quitar Froya el candado que habia mandado poner á la puerta del verdugo, á quien iba á mandar que por primera vez preparase el hacha y el tajo: un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó á suspender la orden y quedarse en el tránsito. Mandó á uno de sus satélites que hiciese despertar á Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no habia podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habian infundido profundo terror. Vistióse dócil y siguió al soldado encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano y le previno que callase y pisara quedo: abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto; mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja que daba á la prison del príncipe, alumbrada por una lámpara, é hizo señas á Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, previniéndose ya á un espectáculo funesto.—Mira sin que te sientan y calla, le dijo Froya: miró y vió á Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pié y esposas en las manos. Oprimiósele al corazón á la noble jóven, porque en él subsistia siempre el cariño á su perdido esposo; pero supo contenerse sin dar un grito: cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo á Floriana que estuvo á punto de dar su tierra consigo, sacóla de allí y llevósela á su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia ni en las lágrimas lígimas que derramaba callando. Luego que subieron á la estancia del duque la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para ponerse un poco, le dijo:

—Recesvinto ha caído en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, á pesar de ser el hijo del rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia: voy á explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: yo voy á sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales si no son los mas en número son los mas poderosos, se han resuelto á depouderle, como él hizo deponer á su antecesor el malogrado Tulga: hoy es la reunion de los coligados que vendrán á acompañarse con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan á Segóbriga: allí voy á ser hoy alzado sobre el pavo movente de los godos hoy mismo; desde aquí podrás verle, Flavio, que aunque tan viejo es muy temible, morirá si se deja prender: inhabilitarla cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaria. Recesvinto es tambien para mi un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

—¡Ah señor! exclamó Floriana cayendo de rodillas y juntando las manos. Misericordia con él.

—Alante y esa de pedir en su favor, porque de seguro te fatigas en vano. Un meñor hay para salvarle, y voy á decírtelo; pero antes escóchame: quiero hablarte con la franqueza del que no teme á nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz ausé á Recesvinto de haberte olvidado: tal era entonces; ahora estoy persuadido de que te ama.

—¿Es posible?... ¿es verdad?... ¿será tan dichosa?...

—Me apresuro á interrumpirte, porque la dicha que Recesvinto debe ser muy evitable. Prosigue: vuelve á decir que Recesvinto debe amarte aun, porque desde la noche que se separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para creerlo) no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento: el dia que salimos tú y yo de Toledo, fué toda la jornada detrás de nosotros: esto indica que se hallaba en la corte. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

—¡Cielos! ¡y yo que dudaba, yo que le acusaba de infiel...! Pero señor, entonces tú debes á Recesvinto la vida.

—No: te la debo á tí: primero á tu cabellera, despues á tu intercesion generosa, favor que necesito pagarte: el premio será una corona.

—¡Cielo santo!

—Sí, Floriana, sí, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confia en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularle nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despique aceptarás mi cariño, hubiera sido ahora una supercheria indigna de mí, hubiera sido mentira, y yo no mento: ¿á qué he de mentar sino lo necesario? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera muger haria: casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose sin embargo á ser el esposa, es accion que de tí sola puede esperarse. Floriana, éste es el momento de mostrar si una española puede abrigar una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio: sino eres mi esposa, el padre y su hijo parecen, el hijo al momento. Contemplá tu situacion y decide: ó vivir esclava de Teodosinda llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los godos, uuida á un hambre á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un rey y al que pretendia heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Como Froya acabó su razonamiento, ya Floriana no le escuchaba: habia comprendido que Recesvinto la amaba todavía y que se le mandaba á costa de su amor salvar al amante amado: esta sola idea entraba en su entendimiento ofuscado por la inminente desgracia: lo demás ya no cabia en su juicio, no estaba en disposicion de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único Ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios. ¡Padre de los que lloran! exclamó la descomulgada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitas tanta crueldad?

—¿Posible? Dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su escudillo, su rey.

—Su rey, su rey: ¿qué falta te hace la corona? dijo la humilde sierva, elevándose por grados hasta tratar con el duque de igual á igual, casi de superior á inferior. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿mejor que lo sería su hijo?

—¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle: sucediéndole yo y queriendo tú, conservarás ambas la vida: si el golpe de la conjuracion fuere otro, Recesvinto ya no existia: la loca pasion que me inspiras, le vale. Puesto que soy mas humano que sería otro en mi lugar; justo es que tenga mi premio: este eres tú: sé miya, porque tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Las mas, rayos, brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadia increíble.—¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh! pues es menester que sepas que hasta con muy poca para que salgan fallidas tus esperanzas: hasta con una palabra mia, que será la expresion de mi voluntad, de mi obligacion, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, yo juro que no.

El primer impulso del colérico duque, fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva: el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pensadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitacion y cerró la puerta con llave. Floriana así que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella; ¡vano designio! estaba cerrada tambien.

La estancia en que se veia; tenía una ventana á cada lado: af una daba al campo; la otra á un patio del castillo; ambas estaban

previstas de rejas fuertes. Floriana se flegó á las dos y probó si podía pasar su cuerpo entre los fierros: era imposible.

Dió voces: no acudió ninguno. Froya había mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buzó las armas del duque con intencion de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera, cortada por mano de Teodosinda ¡Ah! gritó desesperada, ¿bien haya quien me despojó de estas cabellera que ahora me pueden servir para tejer un lazo que termine mi deplorable existencial! Arrancó pues la trenza y fue á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltación frenética de Floriana cesó, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducía al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante que hizo al duque volver la cabeza.

Ya no podía hablar Floriana, no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El duque comprendió que aquella mano era suya: dió contra-orden á Sisberto y subió.

Cuando abrió el duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalón de la ventana, y asida aun á los fierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida: sin ellas, la rongoja la hubiera ahogado.

—Procura sosegarte, le dijo con piedad el duque; vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto volvió á Floriana volver en todo en acuerdo; cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

—Es que yo no me contento con que vivan; quiero además que no se les deshonre. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadiendo arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenía en la mano.

—Bien, lo concedo: no se les inhabilitará; no se les obligará á tomar un hábito religioso.

—Ni aun con eso me contento: no quiero que se les encarcele: solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana, repuso blandamente el duque: eso que pides, es imposible por ahora; mas adelante podrá concedérselo. Si me apodera de Flavio como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio: despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponerse mas condiciones.

—¡Oh! sí, falta todavía la mas importante. Yo he sido esposa y he debido mirar por el que hié mi esposo; pero antes de ser suya era española, ó como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipacion de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oír esta súplica. —¿Podría á mí, decir, que igualé á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso.

—¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta obcecada? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Al cabo, al cabo, prosiguió el duque hablando como consigo propio, los reyes que querian sujetar á los grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo mas pronto ó mas tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré á los españoles con los visigodos. En mí es esta determinacion mucho mas inmeritoria que la fuera en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolicion de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipacion de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero eso no es para mí motivo de retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esa idea debe ser para ti de consuelo, añadió Froya con inesplicable amargura: los reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase, pero la réplica fué suya mas amarga. Las reñías como yo, dijo: deben durar menos.

Un corzo puso término á esta conversación penosa. El duque en vista de no aviso que le daban, tenía que salir fuera de la ciudad para verse con algunos aliados. Llamó á unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana; pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuere con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz libre en disposicion de atravesar un bocado: negóse á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades, por no contravenir á la orden que acababa de darle el duque. Por enlaucos, Floriana se salvó del veneno que para ella había mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

### VIII.

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos: dieron la señal convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quie-

nes debían entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitacion sorda á esperar la venida del gobernador, que habia de ser aquel mismo día saludado Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habían de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes; al descubrir las desde el castillo, habiéndose de tocar los clarines en la ciudad, se habia de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que seria recibido en triunfo, cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados: tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharía el grueso de la hueste á la ciudad imperial de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defendería, porque salían de llo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaría la eleccion para que fuese válida, y seria el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados, que enoñaban á Teodosinda, se presentaron á saludarla; noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarían en descubrirse á lo lejos, subió acompañada de aquellos gefes á las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvian todos la cabeza ya á un lado, ya al otro. Pasaba tiempo y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte; aquella expectacion, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del medio día se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos ginetes por el mismo camino.

El hombre que venía á pié, era Sisberto, Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué habia salido y de dónde venia; respondió satisfactoriamente Sisberto que habia salido con un encargo del duque y venia de desempeñarlo: no podía decir cuál era por habérselo encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la verdad del verdugo. Ademas habia otra pregunta que hacerle que era la que mas importaba á todos, á saber: ¿si no habia visto tropas por aquel lado? Respondió afirmativamente, asegurando que parada detrás de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legion entera.

—Ya están aquí, ya no hay cuidado, gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya orden de detenerse.

—Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Mas acá, en un rincón desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero, que tenía dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

—¿A quién dices? exclamaron todos atónitos.

—A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venían del Valle del Paraíso, y se dirigían aquí.

—¿Aquí?

—Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

—Ellos son, sí; deben ser, prorumpió Teodosinda enojada. Hístrate, Sisberto. Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inesplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey había pasado algunos días en el Valle del Paraíso; mientras tanto la conjuracion habia dado pasos de gigante; Flavio no sabia nada y venia incalculablemente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que habia prometido Froya á Floriana, y persistían en la determinacion que antes se habia tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidido en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano rey que lentamente se iba encaminando á Sagóbriga, como la indefensa res á la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenía un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de enmedio aquel embarazo, en designándole el sujeto; una muerte mas ó menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno pues quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

(Concluirá.)

JOAQUÍN EUGENIO HARTZENBUSCH.

### MAXIMAS PROVECHOSAS.

Decia un filósofo antiguo: — «Desconfía de la delantera de un carro, de la trazera de una mola, y de un fraile por todos lados.»

Un observador moderno dice: — «Desconfía de la cubierta de un libro, del pañuelo de una mujer bonita, de la muestra de una tienda, y de las buenas palabras de un personaje, porque las exterioridades suelen ser engañosas.»